

ODAS.

1.^a

*Con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara
(Estado veneciano) á honor de la Virgen nuestra Señora,
el año de 1795.*

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo, Lendinara humilde;
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna Doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.
Mármoles y oro que su templo visten,
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.
Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen, dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto númen adoran.
Madre piadosa que el lamento humano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo.
Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.
Basta su voz á conturbar los senos
Donde, cercado de tiniebla eterna,
Reina el tirano aborrecido, origen
De la primera culpa.
Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes,
Donde retumba el trueno.
O ya la tierra con rumor confuso

Suene, y el fuego que su centro oculta,
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos;
O ya sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible;
Ella invocada, de el sublime asiento,
Desde donde á sus piés ve las estrellas,
Quietud impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.
Oh! celebrádlá y el dichoso día,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud, ejemplo sea
A los futuros siglos.
Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante;
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.
Sí, tú me inspira y en amor divino
Arda por tí mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:
Que nada estorba para serte grato,
Vírgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre,
Si religion le dicta.
En él te invoca, de esperanza llena,
Mi madre España: que á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto,
Aras dedica y templos.

2.^a

A D. Gaspar de Jovellános (1).

Id en las alas del raudo zéfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,

A donde lento mi patrio río
Ve los alcázares de Mantua excelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las Musas,
Para mí siempre númen benévolo,
Id, rudos versos, y venerádle;
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen.
O en larga ausencia viva remoto,
Olvida méritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al númen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbria,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro á Minerva
La sien ceñida, flores y pámpanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Connigo al ínclito varon aplauden;
Dando á los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

3.^a

EN NOMBRE DE UNAS NIÑAS.

A los días de la duquesa de Wervich

Admite benigna,
Duquesa excelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo:
Su amor y su zelo
No vanos serán.

La voz inocente
Al númen agrada;

Que vuela inspirada
De puro candor.
Oh! llegue á su oído
La síplica nuestra:
Prodigue su diestra
En tí su favor.

Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo cruel:
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él.

Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria:
Fatique á la historia
Mil años y mil.

Cercada te mires
De prole fecunda:
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.

Que al nombre heredado
De ilustres abuelos,
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden, que al mundo
Viviendo famosos,
Tu hijos dichosos
Le adquieran igual.

Por ellos un día

Intrépida España,
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

4.^a

Traducción de Grecourt (1).

El niño ceguezuelo
Adormecióse un día
En el recinto oscuro
De los bosques del Ida.

Vénus temor concibe,
Al ver que no volvía
De tan largo reposo,
Que al de la muerte imiat.

Y en lágrimas hermosas
Bañando las mejillas,
Al Padre omnipotente
Su dolor comunica.

Jove que tanta pena
Mitigar determina,
A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.

Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,
Al medio ménos tardo
Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso,
Donde el amor dormía,
Vayan los zelos tristes
Y en torno de él asistan.

1. Hé aquí una verdadera anacreontica. (Nota del autor.)

Parten ellos veloces,
Y al rumor que traían,
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.

Mas, ay! que desde entónces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el duce sueño
Sus párpados visita.

Traducciones de Horacio.

4.^a

Deja tu Chipre amada,
Vénus, reina de Páfos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin tí no apetecida.

2.^a

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á tí y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú si prudente fueres, no rehuyas
Los brándis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra,
Mientras hablamos, envidiosa corre.
Ay! goza del presente, y nunca fies,
Grédula, del futuro incierto día.

3.^a

¿Qué, al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los reyes,
No vencidos ántes,
De Sabá, preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva.
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar
Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro;
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaría
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver á su fuente;
Si tú de Fanecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afan adquiridas),
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú que prometiste
Virtudes mayores!

4.^a

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,

Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.

El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía;
Como del envidiado
Alcázar, de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
Árboles altos rompe : levantadas
Torres, con mas violento
Golpe caen arruinadas :
Hierne el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confía
El varon fuerte, en la afliccion espera
Mas favorable dia :
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no excusa,
Con cítara sonora,
Febo animar la Musa ;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente ;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

5.^a

El que inocente
La vida pasa
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba

O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afan el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.

Ponme en los yertos
Campos, dó el aura
No goza estiva
Ninguna planta;
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada:
Dulce, si rie,
Dulce, si canta.

6.^a

Ay! ¡cómo fugitivos se deslizan,
Póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
Él al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. Ay! y de cuantos
Árboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el cipres funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron,
En áureas tazas de opulenta cena.

7.^a

¿De cuál varon ó semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
De cuál deidad? á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante

Selva seguir del Tracio la dulzura ;
Que el curso detenía
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas, los árboles movía,
Y el ímpetu veloz paró del viento.

¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran padre, que la stirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar continuo

Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana ;

Si bien segunda en el honor divino,
Inmediato lugar Pálas obtiene.
Ni á tí, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la vírgen cazadora,
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Ginete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor ; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado

La espuma resonante,
El raudo viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar, en breve instante,
Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Numa
El gobierno apacible.

Las haces justicieras de Tarquino,
O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros y Régulo constante ;
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,

La palma sobre Anibal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta :

Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa, y parco la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto,
Así la fama crece de Marcelo ;

Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella :
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.

Jove Saturnio ; tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino

La protección de Augusto ;
Tú reina, y él á tí segundo sea.
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo,
O en las últimas playas de oriente
Indos y Seres humillados vea ;
Él, inferior á tí, dé soberano
Leyes al mundo. Tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas ;
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

8.^a

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Elena en sus idalias naves,
Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apénas, y anunciando
Hados terribles : « En mal hora, » exclama,
« Llevas á tu ciudad, á la que un día
« Ha de buscar con numerosas huestes
« Grecia ; obstinada en deshacer tus bodas,
« Y de tus padres el antiguo imperio.
« ¡ Cuánto al caballo y caballero espera
« Sudor y afán ! Oh ! cuánto á la dardania
« Gente vas á causar estrago y luto !
« Ya, ya previene Pálas iracunda
« El almete y el égida sonante,
« Y el carro volador ; y aunque soberbio

« Con el ravor de Vénus, la olorosa
« Melena trences, y en acorde lira,
« Grato á las damas, cantes amoroso
« Verso, nunca será que las agudas
« Flechas de Creta y las herradas lanzas,
« Funestas á tu amor, huyendo evites;
« Ni el militar estrépito, ni al duro
« Áyax, ligero en el alcance. Tarde
« Será tal vez (pero ha de ser) que en polvo
« Tu cabello gentil todo se cubra.
« Ay! ¿no miras al hijo de Laertes,
« Y Néstor el de Pílos, á los tuyos
« Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
« Ya te persiguen, Teucro en Salamina
« Príncipe, y el que vence las batallas
« Y diestro auriga á su placer gobierna
« Los caballos, lidiando, Esteneleo?
« Tiempo será que á Meríon conozcas
« Y á Diomédes, mas fuerte que su padre.
« ¿Le ves, que ardiendo en cólera, te busca,
« Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele,
« Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
« El pasto abandonar; así cobarde
« Y sin aliento, evitarás su golpe :
« Y no, no fueron tales las promesas
« Que á tu señora hiciste. La indignada
« Gente que lleva Aquiles, el funesto
« Hado de Troya y sus matronas puede
« Un tiempo dilatar; pero cumplidos
« Breves inviernos, las soberbias torres
« Arderá de Ilíon la llama argiva. »

9.^a

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro;
Ni columnas que corta en sus regiones
Apartadas el moro,
Sostienen trabes áticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia, para el uso

De su señor, mis siervos
Pero vivo contento
De que jamas faltaron
En mí virtud y númen afluente :
Soy pobre ; pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas á la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente,
Importuno al amigo generoso :
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra despues arrebatadas
Huyen las horas, y de igual manera
Las nuevas lunas á morir caminan.
Tú cercano á la muerte,
De mármol edíficas levantadas
Fábricas, olvidado de la tumba ;
Y estrecho en la ribera
De Báyas, donde el piélagos retumba,
Buscas en él cimiento.
Qué mucho ! si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra :
Por ásperos caminos
Tímidos huyen la mujer y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses, y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio mas seguro,
Que la mansion del Aqueronte avara :
Ella le espera habitador futuro.
Para qué anhelas mas? ¿Si al que mendiga
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono igual prepara
La tierra sepultura.
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno.
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa :
Él de quien sufre angustia dolorosa,
(Invocado tal vez ó aborrecido)
El llanto acalla en el horror eterno.

ODA I.

De un pajarito.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado
Vile muy congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía ;
Ya cansado callaba ;
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía :
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama
Parece que decía :
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía :
Y que le respondía
El rústico : no quiero.

D. ESTEVAN MANUEL DE VILLEGAS.

ODA II.

Al sueño.

Tú, mudo esposo de la noche umbria
¡ Oh padre del sosiego,
Sueño consolador ! ¿ porqué te niegas
A mi lloroso ruego ?
¿ Porqué á mis sienes con piedad no llegas ?

Y no que lento y vagoroso bates
Lejos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocío,
Con que el dolor serenas
Y el vivo afán de las acerbadas penas.
Duélete ; oh sueño ! al contemplar las mías :
Suspende ; ay Dios ! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿ No bastan, dí, para penar los días ?
Mi espíritu rendido
A tanta agitación, mi triste pecho
De palpitar cansado,
Y en ansia y fuego el corazón deshecho
Tu celestial venida
Imploran ¡ ay ! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festín, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré sediento y ciego .
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa, y se tornó en gemido,
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar á mi dolor reposo,
Raudal fue impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Facil un tiempo mi clamor oías,
Y blandamente en derredor volabas ;
Y halaguéño doblabas
La gloria de mis días,
Que tú en la noche á redoblar venias,
¡ Oh ilusiones de bien ! ¿ donde habeis ido ?
¿ Tal vez á no tornar ? Tal vez si ahora,
¡ Oh sueño ! has de venir, vendrá contigo
A atormentarme airada :
Del bien perdido la doliente idea :
Mas ven, sueño, á mi voz, aunque así sea.
Ven, que ya las dos osas
Al ocaso avicinan
Su refulgente carro, y presurosas

Las centellantes pléyadas se inclinan.
La luna fatigada
Se retira hácia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,
Vendrá, y mis ojos de velar cansados,
Su luz no sostendrán ni su halebria,
¡Ríndete á compasion, sueño precioso
Tu nectar delicioso
Mi triste frente halague,
Y blando, y dulce, y regalado vágue...
¿Me escuchas? ¡oh favor! ya desmayados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,
Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban :
¡Quien de ellas libre al despertar se viera!

D. MANUEL JOSE QUINTANA.

ODA III.

Profecía del Tajo.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo sin testigo ;
El pecho sacó fuera
El río, y le habló de esta manera :
En mal punto te goces,
Injusto forzador ; que ya el sonido,
Y las amargas voces,
Y ya siento el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
Aquesa tu alegría
¡Que llantos acarrea ! aquesa hermosa,
Que vió el sol en mal día,
Al Godo, ¡ ay ! ¡ cuan llorosa !
Al soberano cetro, ¡ ay ! ¡ cuan costosa !
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males

Entre los brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales :
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blande
El Arabe cruel, y hiere al viento,
Llamando á la pelea :
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa incierta crece,
El polvo roba el día y lo oscurece.
¡ Ay ! que ya presurosos
Suben las largas naves ! ¡ ay ! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden !
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡ Ay triste ! ¿ y aun te tiene
El mal dulce regazo ? ¿ ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres ? ¿ ocupado

No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

Ay ¡ cuanto de fatiga
¡ Ay! cuanto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado
Darás al mar vecino,
¡ Cuanto yelmo quebrado!
¡ Cuanto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sesta ¡ ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

D. FRAY LUIS DE LEON.

ODA IV.

A la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra
Salud y gloria nuestra:
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon feroz guerrero.
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo, y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,

Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas escelsos de la cima:
Y el árbol que mas yerto se levanta
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo: alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante
Y los armados brazos estendidos
Movió el airado cuello aquel potente.
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña,
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso: —
¿ No conocen mis iras estas tierras
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿ O valieron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿ Quien los pudo librar? ¿ quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿ Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?

Su Roma temerosa y humillada
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte.
Quien honra de la Luna las banderas
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en mi defensa;
Y aunque no, ¿ quien hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano:
Y su valer es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes estan en cautiverio,